Globethics Repository



Los intrusos [intruders]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Ferrer, Christian
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 03:53:54
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220283

Nueva Sociedad Nro.127 Septiembre- Octubre 1993, pp. 60-67

Los intrusos. Frontera y cicatriz

Ferrer, Christian

Christian Ferrer: Sociólogo argentino, docente de filosofía política en la Universidad de Buenos Aires. Director adjunto de la revista La Caja, y miembro del grupo editor de El Ojo Mocho y La Letra A, todas publicaciones de Buenos Aires. Ha compilado el volumen doble sobre pensamiento anarquista contemporáneo El lenguaje libertario, Nordan, Montevideo.

La historia de la migración humana bien podría haber comenzado con la expulsión del paraíso. Laborar, parir y migrar - tres variedades del dolor - han sido, desde aquel cruce primordial de frontera, signos distintivos del luto humano. Si es posible atribuir algún otro sentido a la historia humana que no sea el de la dominación de unos sobre otros, él es concedido por la migración. Quizás, mejor, por el viaje, del cual migrar constituye su sombra dolorida.

En la escuela primaria nos contaron que en una era previa a la historia algunos asiáticos cruzaron el Estrecho de Bering. Luego, este fino puente helado se derrumbó, separando ambas orillas para siempre. De esa tribu perdida descienden los americanos. Y de la aventura colombina por el océano de los Atlantes descienden el mestizaje y la idea de América - además de su organización geopolítica -. Pero habrá que esperar hasta fines del siglo pasado, cuando los parias de la tierra vengan a hacer la América, para completar el álbum de familia, hoy disperso por nuevas travesías hacia el adentro y el afuera de América Latina.

Desde muy temprano los humanos migran. Los metalúrgicos (herreros) viajaban de tribu en tribu llevando los secretos del fuego y la forja. Eran semidioses que ablandaban las entrañas de la tierra. Luego, conquistadores y comerciantes dispersaron a las poblaciones por continentes y por costas. Así transportaron la cultura y un orden imperial. Babel nace con ellos. El éxodo de pueblos, la evicción forzada, el viaje iniciático, la exploración de tierras ignotas - para los europeos -, los aventureros y el judío errante son modalidades históricas sucesivas del viaje migratorio. En el siglo pasado millones de personas cruzaron el mar. Hoy todo vuelve a suceder. Pero antes de analizar las causas, observemos al inmigrante: ¿Quién es él?

Calvario

Es un cuerpo sufriente. Y es un concepto. Esto último requiere una explicación. Un inmigrante, antes de ser un acontecimiento (alguien que se traslada del país natal a

otro), es una construcción mental que la prensa amarillista, la politiquería nacionalistoide, la inquietud intestinal de los desempleados y la intolerancia general fomentan y descargan sobre el extranjero. De esta manera el inmigrante se transforma en un indeseado: huele mal, se viste raro, porta una cultura ajena, tiene costumbres poco higiénicas, un acento ininteligible y así sucesivamente. Pero para que el estereotipo funcione (y convierta al recién llegado en un «problema») es necesario que el inmigrante se haga visible. Lo que lo vuelve «visible» no es primordialmente la cantidad ni su rotunda presencia sino la imagen bizarra, vagamente amenazante e inferior que los medios masivos, la tontería y el rumor depositan sobre esos seres. Así, los estigmas de la piel lo denuncian como un extraño chocante. Pakistaníes en Canadá, haitianos en EEUU, turcos en Alemania, coreanos en Argentina: todos somos extranjeros en tierras de Egipto, pues el inmigrante es definido y clasificado desde el proyecto colonial y expansivo de la Europa moderna, el cual aún esta inconcluso, aunque los espacios a conquistar se hayan vuelto mayormente inmateriales.

Algunas verdades de perogrullo necesitan ser reafirmadas: el inmigrante es hoy pobre y periférico. Siempre, un europeo jamás migra. Su viaje - aunque sea de por vida - es imperial y él viaja - antes incluso de partir - a través de la imagen folclórica y pret-à-porter de la arabidad, la latinidad o la negritud africana forjada por siglos de avanzadas coloniales y por los imperativos humanistas de los gobiernos occidentales de turno. De los viajes del capitán Cook y de Bouganville hasta los de Burton y Stanley, los europeos han recolectado un jardín zoológico y un jardín botánico como manifestaciones del exotismo cultural. La siembra incluye un jardín etnológico. Ello sigue ocurriendo en nuestros días pero de modo invertido: los que viajan para ser expoliados son nuevamente los pobres de los territorios otrora coloniales y hoy «emancipados». Cuando un occidental migra, lo hace como un embajador: es un visitante de honor, y se le confieren las llaves de la ciudad. Al inmigrante periférico se le otorga apenas un precario permiso de residencia - sea éste legal o ilegal -.

Cuando no se es turista o exiliado político, se está realmente en tierra ajena, y allí la centralidad no nos pertenece; y además, pasamos a ser observados desde una posición central, tal cual el preso desde el panóptico, el «primitivo» desde la ideología del progreso y el fugitivo desde el reflector de luz (una luminosa bienvenida que reciben los seres furtivos que pretenden inmiscuirse en el país de la libertad). La «libre circulación de personas» es otro más de los incisos constitucionales ante los cuales la «mano invisible» del mercado queda manca a la hora de las soluciones. El inmigrante es justamente aquel cuerpo que tiene circulación restringida. Permiso

condicional. Algo que no rige habitualmente para la circulación de mercaderías o de mensajes.

Precario, separado de su tierra, casi a la intemperie y confundido, él es poco menos que un castrado. Habiendo perdido los beneficios del bautismo y la hostia cotidiana servida en comunidad, debe aprenderlo todo de nuevo: lenguaje, costumbres, sutilezas, saberes laborales, formas del cortejo amoroso, territorios y trayectorias. Una pedagogía cuyo racionalidad equivalente, en ultima instancia, son los centros de reeducación de contrarrevolucionarios que florecieran en otra época. Sólo que hoy tenemos mejores modales. En su nueva «casa», el inmigrante sufre transformaciones emocionales, espirituales, incluso físicas. Su viaje es también un viaje iniciático, una travesía del alma. Los sociólogos suelen llamar a este proceso «crisis de identidad». Ya no se pertenece en forma unívoca a una tierra y a una lengua. Se es un extraño, un «ex» para siempre. Un forastero. Se debe rendir cuentas a un Rey y a una Ley nuevos, no demasiado benignos - incluso, cuando son más «democráticos» que en el lugar de origen -. Pero el análisis de la alquimia del alma requiere de un instrumental más cercano a la teología o al arte que las ciencias sociales, pues la mudanza ocurre en la piel y en la psiquis (en griego: alma). Dolor, confusión, nostalgia, resentimiento, incertidumbre, aislamiento; este es el pesado equipaje del inmigrante. Y aunque hay compensaciones, ellas no rinden tan pingües beneficios: la economía jamás es la salvación. La tierra prometida, si existe, ya se ha perdido. La encontrará, quizás, la próxima generación, o la siguiente: los hijos, esos doctores.

Pero a tantos derechos de piso se agrega uno de los impuestos más desagradables y ruines de los tiempos modernos: el rechazo de los nativos, el racismo. Cuando el nómade es bárbaro o pirata, provoca terror, pero si se sedentariza como trabajador, vive en el horror cotidiano: así los peruanos en España. No sólo es un extranjero: es un peligro, un criminal en potencia; al menos así lo imagina la mediana conciencia del ciudadano medio. Si el inmigrante se avergüenza de su condición e intenta aculturarse, siempre fracasa: avergonzado de su origen, sufre por partida doble. Si se rebela indignado y se enorgullece de sus tradiciones, concita la incomprensión y el odio general. Para ambos lados, para sí mismo y para los otros, es un inadaptado. El representa el primer síntoma de una posible epidemia. Pues, para los miedos más encarnados del ciudadano nativo, el migrante no es tanto un «ladrón de empleos» o un probable delincuente sino un contaminante: porta en sí mismo virus ideológicos y culturales: así los obreros y campesinos que llegaron al Río de la Plata a principios de siglo traían en sus alforjas profecías socialistas y ácratas, así los caribeños que fueron en los 60 al Reino Unido llevaron el reggae y el ska.

Conviene reiterar la perogrullada: el inmigrante es pobre. Y el racismo contra una etnia, una piel o un credo es equivalente al racismo de clase, pues está moldeado - aún con sus diferencias sobre un mismo patrón. Y a fin de apartar su cuerpo (aunque no su fuerza de trabajo) - hacerlo visible - es preciso identificarlo. El identi-kit cultural conduce al gueto primero, y de allí al prontuario. En alguna ocasión histórica, siguió el matadero. Por ello la masa de inmigrantes es tasada y tamizada a través de ciertos parámetros: 1) se valúa su capacidad de trabajo, diferenciando obreros especializados, profesionales, mano de obra barata para labores poco higiénicas, de aquellos francamente indeseables (léase: «improductivos»). Se ha sabido de procesos similares en antiguos mercados de esclavos. 2) Se distinguen sus rasgos y estilos mediante la fisonomía, la criminología lombrosiana, la fisiognómica, la psicología y los «estudios culturales» de la academia: saberes racistas. Por último, 3) el Estado receptor los incorpora lentamente prestándoles ayuda: aculturándolos. El resultado raramente es barroco o un melting pot: suele ser un mosaico. Claro que el racismo no es suscitado solamente por la inmigración: es un dato casi universal, aunque se lo halle muchas veces en forma solapada: les ocurre a los migrantes internos (los «provincianos») en la gran ciudad, y también a los obesos en el reinado de la publicidad massmediática o al carente de credit cards en la sociedad de la abundancia.

En la Argentina de principios de siglo, ese lamento llamado tango quizás no habría emergido como una creación cultural de no haber sido por la inmensa miseria de los inmigrantes y por la enorme diferencia de hombres con relación a mujeres que prevaleció durante la primera década del siglo. Con hambre y sin amor, un inmigrante está destinado a diversas gradaciones de la infelicidad. Por eso mismo, la mejor «teoría» de que disponemos para comprender el sufrimiento causado por el exilio, el éxodo o la migración es el misterio del vía crucis. Pero hoy hemos abandonado al Señor, la tierra ya no es santa.

Cicatrices

En la historia humana las fronteras no han tenido una significación y una fundación que puedan calificarse de constantes y unívocas. Siempre fueron bastante imprecisas, ligadas a accidentes geográficos naturales o a alianzas coyunturales o matrimoniales entre señoríos feudales. La organización de los grandes Estados-nación europeos y el subsiguiente proceso de expansión y conquista dio inicio a la globalización de una geografía que hasta entonces parecía un puzzle. Magallanes y Elcano preanuncian el satélite artificial, y también la fuerza militar de despliegue rápido. A fines de este siglo, nos hallamos ante una acelerada transformación, no de las

fronteras sino de las modalidades para controlar los desplazamientos de población y de mentalidades. En otras épocas, los mapas señalaban itinerarios (por ej., el peregrinaje a Santiago de Compostela o el derrotero de un barco Comercial); hoy en día registran hitos fronterizos o diagraman el aire (las ondas de transmisión comunicacional). Es sólo en la época en que los Estados-nación modernos deben administrar poblaciones enteras, conflictos urbanos o territorios coloniales cuando se perfeccionan instrumentos de observación más precisos: un vínculo perceptible une los tubos del telescopio y del catalejo con la tubería de los cañones o con el «cañón» de la cámara de filmación. La ciencia identifica las causas de los acontecimientos, las fuerzas de seguridad y los aparatos de vigilancia indican la culpa de los pobladores.

No se trata tanto de que las fronteras vayan a cerrarse herméticamente o de que se intente impedir cualquier modificación. La historia muestra que las fronteras se desplazan de acuerdo a los imperativos históricos de un Estado o bien cuando algún imperio agota su fuerza y se derrumba. Lo que ha entrado en crisis en nuestra época es la capacidad del Estado benefactor para hacerse cargo de las inmensas transformaciones geopolíticas en curso y los consecuentes desplazamientos étnicos a que dan lugar. Barajar y dar de nuevo es la consigna internacional, pero no es claro aún quien ocupa el lugar del croupier. Pero así como la policía no ha sido creada para reprimir y destruir a la delincuencia sino para establecer una frontera móvil y cierta entre la ley y el crimen, las políticas migratorias y las aduanas no existen para cerrar el paso al extranjero sino para regular su ingreso de acuerdo a las necesidades de la demanda laboral de un país «rico». Ya en Auschwitz se leía «El trabajo os hará libres». Se acepta una cuota de intelectuales o militantes políticos perseguidos poco significativa y testimonial pero se impide la llegada de millones de «homelessness» o de muertos de hambre. La caída del Muro demuestra que el material de que estaba fabricado no era hormigón armado sino propaganda ideológica y, sobre todo, la metáfora misma de la frontera. Esto lo están aprendiendo ahora los senegaleses y marroquíes que cruzan riesgosamente y a nado el Estrecho de Gibraltar o los bosnios y polacos que intentan infiltrarse dificultosamente por el muro caído. Pero ese tipo de cosas ya las supieron los judíos que intentaban huir en barco del Tercer Reich a fines de los 30 y que fueron rechazados en más de un país «rico».

La racionalidad del sistema mundial de poderes indica que se intenta construir momentáneamente - y hasta tanto quede en claro la distribución de áreas de influencia - un Sistema Interestatal de Naciones, cada uno de las cuales tiene por misión administrar un territorio donde viven millones de seres humanos cuyas iden-

tidades nacionales son ahora inseguras y cuyas esperanzas están reducidas al valor de la moneda de cambio, única fe propagada en Occidente. Hasta hace unos veinte años el mapa geopolítico estaba organizado como un «Sistema Internacional de Estados», cada uno de los cuales definido ideológicamente o culturalmente. Lo que se le pide hoy a un Estado es capacidad de control sobre sus habitantes. Cuando alguno de ellos no puede garantizarlo se desmembra la nación y se crean nuevos Estados. Así ha ocurrido con las ya arcaicas Yugoslavia y Unión Soviética.

La preocupación general por las migraciones es una inquietud que trasciende la mera regulación de población: abarca el control de mentalidades. Ciertas creencias y conductas refractarias al espíritu de esta época son combatidas. Las figuras del revolucionario, el nacionalista, el creyente, el romántico y el delincuente se cuentan entre aquellas hoy observadas y mantenidas al margen. Al menos, a la vera del Castillo de los Ricos. Como el delincuente se desplaza soterradamente en las rutas migratorias, toda una industria destinada a su caza y control se ha puesto en marcha en el mundo. Tan sólo la población carcelaria en los Estados Unidos suma un millón de personas que languidecen o crían rencor en gulags con rejas.

En verdad la frontera se parece a una de esas trincheras gigantes de la primera guerra mundial o a una cicatriz corporal o espiritual que nunca coagula del todo. Como los signos de la época están acuñados con un pensar técnico, encontramos hoy en las fronteras alambres de púas electrificados, así como en el cielo observamos misiles intercontinentales o satélites rodantes. Como es usual, prospera en estos lugares la industria del contrabando, que esta vez incluye carne humana en su catálogo de ofertas.

Es verdad que las identidades nacionales están hoy erosionadas. Ello no es efecto solamente de las posibilidades tecnológicas que acercan las distancias y favorecen el turismo a partir de la mundialización de la forma - Estado occidental. La máxima fuerza erosionadora de identidades nacionales, para bien y para mal, han sido los medios masivos de comunicación que se han extendido por el planeta como una hidra infinita sin cuerpo, pura red tentacular. La ciudad ya no está trazada como un catastro callejero sino como un «cableado». Ya no se llega a la ciudad, ella «llega» a nosotros por un tubo catódico. A través de sus innúmeras pantallas, la mirada de un cuerpo quieto migra y conoce mundo. Pero se trata de experiencias que el cuerpo no ha vivido, aunque las consume. Así como se consumen tours o uniones matrimoniales arregladas por agencias, también se consume la experiencia del viaje o de la noticia a la que somos incapaces de integrar afectivamente más que de un modo superficial (léase: un efímero placer epitelial que debe ser renova-

do cada día como un pan nuestro). El problema es que el lenguaje madre se usa, pero la comunicación se «consume» (especialmente cuando está dotada de imágenes estilizadas), de la misma manera que el lenguaje de los hablantes difícilmente pueda quedar reducido a «opinión pública» construida a base de encuestas. La nueva cultura trasnacional ha conseguido disociar Estado y nación - a los que se creía vinculados hasta que la muerte los separase como modelos organizativos y espirituales unívocos. La ya lograda imbricación de la cultura popular, la vanguardista y la de élite en una sola mezcla termina por destruir la herencia cultural de nuestros abuelos, los inmigrantes que llegaban de la ría gallega, el monte siciliano o el shtetl centroeuropeo. También quedan erosionadas las culturas políticas que correspondían a clases sociales dotadas de mentalidades y culturas diferenciadas.

De todos modos, es posible que el problema mayor no sea la destrucción de identidades nacionales (lo que nos remitiría a la vieja - y ya casi prehistórica - polémica entre la ilustración cosmopolita y el romanticismo nacionalista). El problema consiste en que destruyendo siglos de sensibilidad campesina y letrada se destruyen también valores como la solidaridad comunitaria, el afán de trascendencia espiritual o estético y lo mejor - no sólo lo peor - que nos legaban las ideas socialistas, anarquistas, liberales y aristocráticas. Una consecuencia para el inmigrante en las megalópolis en las cuales habita es que no solamente está fuera de lugar: también está solo.

Académicos

Los inmigrantes constituyen un «pueblo trasplantado». Eso los asemeja a la historia bíblica del Exodo, pero también los hace equivalentes a los planes de expulsión y limpieza étnica del siglo XX tártaros expulsados de Crimea, musulmanes y croatas de Bosnia por parte de los serbios y viceversa, alemanes de Prusia oriental por los rusos, judíos de todos lados. Pero el inmigrante - como el académico que los estudia - rara vez acepta esta condición simétrica. Es necesario seguir viviendo, y ya es bastante malo una estadía en el purgatorio como para pensarse como sosías de los condenados al infierno. ¿Pero cómo puede menguar el dolor humano si cada cual alambra su parcela de padecimiento?

La imagen de los países de donde los inmigrantes son oriundos suele ser presentada en forma pintoresca o violenta por el país de elección. Se remite al migrante al detalle absurdo o degradante (el chador de las mujeres musulmanas, la ignorancia de los centroamericanos, las desapariciones políticas en la Argentina). No es casual que el inmigrante se defienda protegiendo su cultura y, como es natural, con el

tiempo emerge una mezcla cultural. Ello aproxima la creación cultural a la orgía. Como es natural también, el radar académico detecta nuevas áreas y acontecimientos necesitados de interpretación. También el radar del Estado los había localizado. No obstante, el tema de la «hibridez cultural» no es nuevo. Se trata de un problema eterno y se suscita en todos los tiempos en cualquier zona de frontera. El poeta argentino Néstor Perlongher, residente en Brasil, había escrito numerosos poemas y ensayos en «portuñol» como una muestra de la condición dual del alma inmigrada.

El «problema social» que la inmigración representa para los Estados y a la prensa amarilla es equivalente al «problema cultural» que ella presenta a los sociólogos e investigadores universitarios. Y ambos son equivalentes al «problema judío» que tenían los nazis o al «flagelo de la droga» en boca de los funcionarios argentinos. La alambrada de púas teórica o limítrofe es la consecuencia natural de esta «problematización». Y ello incluye los intentos de fuga o la intromisión por las fronteras de toda laya por parte de los interesados. Numerosos congresos sobre políticas migratorias o hibridaciones culturales se están celebrando en América Latina. Sea. No se esperaba otra cosa de la casta académica. Pero el tema de la «identidad cultural» es sospechoso: es una inquietud cuyo linaje es policial. El tema mismo parece integrarse a una «agenda» temática establecida, se diría, por computadora: en los 60, el «desarrollo» y la «dependencia», en los 80, la «democracia», en los 90, el «tráfico cultural de poblaciones». El DDDT. Suena un poco absurdo. Y sin embargo, la misma participación en congresos de académicos e intelectuales constituye otra de las formas posibles del viaje a fin de milenio: una migración episódica que no incluye riesgos. Su modelo anterior inmediato fueron los viajes de los «ejecutivos» en los 60, y aún antes hallamos al inspector de misiones coloniales. El equivalente al académico viajero es probablemente el músico de rock. Pero al menos éste último suda sobre un escenario.

El «problema social» que la inmigración representa para los Estados y la prensa amarilla es equivalente al «problema cultural» que ella presenta a los sociólogos e investigadores universitarios

Final

Hay un país, mi país, que ya no recibe inmigrantes - exceptuando a coreanos mayoritariamente en tránsito y últimamente a cierto número de peruanos - pero sí los produce. ¿Cuál es el grado de «europeidad» presente en la cultura argentina actual, o al menos en la rioplatense? La respuesta podría aclarar gran parte de las transformaciones políticas y culturales del último decenio, pues este país fue forja-

do por la inmigración, no por la conquista española, de la que sólo quedan hoy algunos monumentos y leyendas del siglo pasado que a la mayoría de los estudiantes le parecen noticias de otro planeta. La sociedad argentina se ha desprendido de sus orígenes. Ser hijo de inmigrantes comienza a ser excepcional en las nuevas generaciones. Pero en los últimos años estos mismos hijos y nietos de la migración europea de principios de siglo han tendido a huir de este país. Se dice que dos millones de argentinos están dispersos en el mundo. La experiencia de muchos de ellos es similar a la de otros tantos inmigrantes latinos: el rechazo. Como la Argentina siempre se imaginó más europea que Europa y poseedora de un destino imperial, a sus hijos les cuesta aceptar los costos que conlleva la migración. Provienen de un país al cual consideran incomprendido y les molesta el menosprecio que otros aceptan y rumian en silencio. En esto, como en otras cosas, los argentinos son «campeones morales». O bien vuelven a casa (donde, según sugería Copi, «se está a salvo de los argentinos»), o se integran exitosamente a la sociedad elegida - una minoría - o, lentamente, comienzan a aceptar su condición de latinos, de maltratados.

El inmigrante abandona su empobrecida Arcadia en pos de Utopía El cruce del Sinaí suele ser hoy en día más difícil que en otras épocas. Está amenazado y solitario. La condición huérfana (y no «híbrida») del inmigrante sólo se apacigua con la amistad. De allí que la última frontera no sea, como se decía en la serie de televisión Viaje a las estrellas, el espacio, sino la piel. La caricia y el ultraje son las dos modalidades culturales que permiten a dos cuerpos encontrarse en forma auténtica. Si somos violentos, no se respetan los derechos y deseos, pero si somos piadosos, se aligera el peso del madero que hunde el hombro. Quizás así la Piel redima a la Ley.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 127, Septiembre- Octubre de 1993, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**